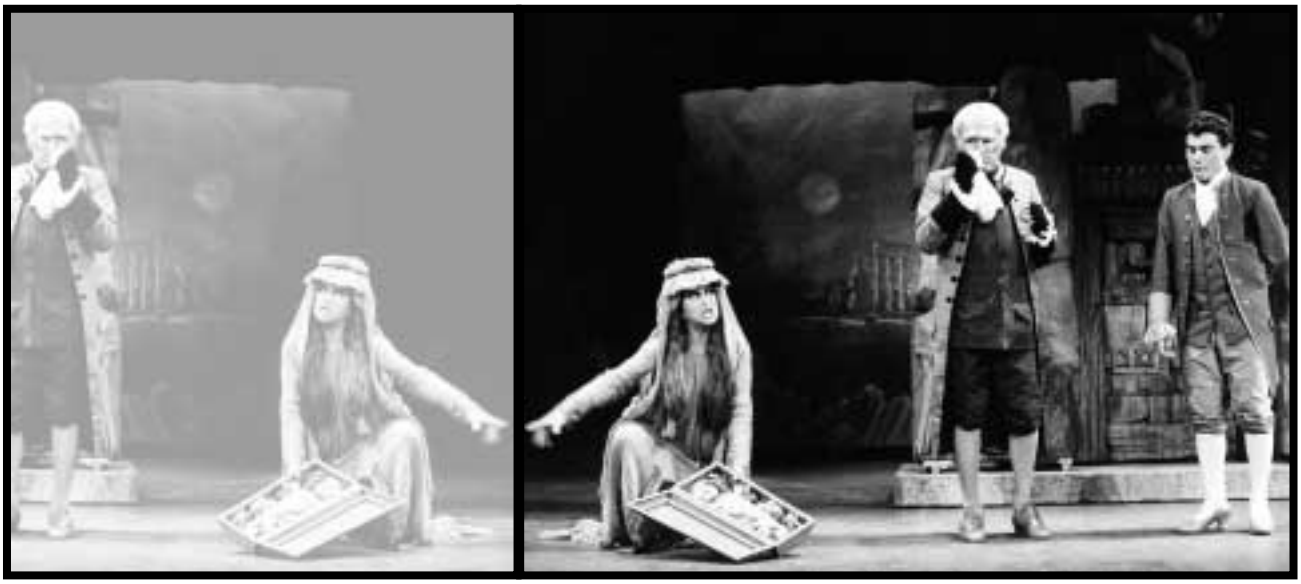


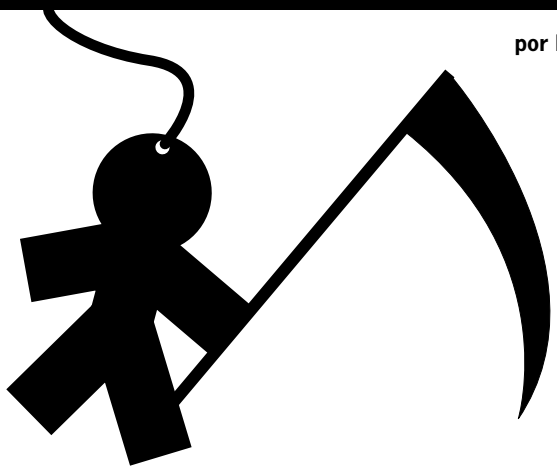
Foto: Chicho.

Escena de *Españoles bajo tierra* de Francisco Nieva.

La delicada frontera de los géneros dramáticos

Tragicomedia

por Miguel Medina Vicario



Damos por cierto que la línea que delimita el territorio de los diferentes géneros dramáticos es tan sutil como la que suele separar a un creyente versado de un agnóstico tolerante. En el caso de la Tragicomedia no podemos ignorar la máxima dificultad del intento, porque se trata de fundir los dos extremos –¿antagónicos?– del abanico dramático. ¿Cómo lograrlo sin alterar sus características y, al tiempo, que logren la deseada metamorfosis?

La fusión entre Tragicomedia y Comedia debe afrontarse, por así decirlo, con el mismo espíritu de tolerancia que una pareja planea iniciar su convivencia. Dos personas se proponen compartir su vidas, y para que el proyecto en común tenga posibilidades de éxito, uno y otro deben aceptar de buen grado la limitación voluntaria de una serie de libertades, egoísmos, pequeñas o grandes manías, que resultarían una agresión insoportable para la otra parte. Convivir es compartir, pero además implica delimitar las propias apetencias hasta lograr un punto de equilibrio, de concordia. De suerte que la Tragedia, para no alterar su matrimonio, deberá moderar voluntariamente sus rigores más elevados, y solicitar de la Comedia parecida actitud.

Si la Tragedia tiende a elevar nuestra condición por medio del terror y de la compasión, y la Comedia se encarga de oxigenar

nuestras permanentes angustias, el encuentro entre ambas debe producirse con ciertas condiciones previas. Analicemos, para demostrarlo, el siguiente supuesto:

Ofelia (nada que ver con la heroína de Shakespeare, desde luego), soporta sin inmutarse la humorada de su señor padre al elegir para ella tan emblemático nombre. "Hija, te podía haber puesto María, que se comprende mejor y es más nuestro". "Pues sí, los nombres determinan más de los que se piensa. Mira, a ti te ha dado por eso de la literatura. Y ese disparate será por algo, digo yo". "Lo mejor es que te lo dejes en Ofe, que a los hombres les encandila lo breve y sonoro. Acuérdate de cuando en determinadas situaciones, ya me entiendes, nos llaman cuqui, chuchi, cachi, neni". Y así. Ofelia goza de gran sentido del humor (contundente prueba de mucho talento); contempla la vida desde la razón y la percibe como pura Comedia. Quien vive desde los sentimientos, al contrario, interpreta la existencia como una Tragedia. Desde su cátedra, Ofelia siempre regala una media sonrisa desdramatizadora. Un imprevisto acontecimiento estuvo a punto de tambalear el buen talante de la joven: el amor le llegó de improviso y con firmeza. Guillermo (otra casualidad el nombre del amante) resultaba tierno, tolerante, buen conversador y apasionado en su justa medida. El poeta Guillermo compartió apartamento con Ofelia en perfecta armonía y juvenil gozo. Guillermo nunca fue muy apreciado en su delicado arte, ésa es la verdad. Pero las demoledoras y generalizadas críticas sobre su último libro de poesía visual (dedicado por completo a las concomitancias existentes entre varias figuras geométricas y la exclamación ¡Puaf!) fueron superiores a la voluntad del joven. Sintióse maltratado por su sociedad, falto de amor, huérfano de popularidad, herido en sus sensibles entrañas. Se le desmoronó el ego y todas sus anteriores cualidades se tornaron en defectos. La convivencia se hizo imposible, y Ofelia dio por finalizado el romance.

Un año después de la separación, Ofelia recibió una sobrecogedora llamada telefónica: "¡Ofelia! ¡Ofelia, soy Luisa¡ ¿Me escuchas, por Dios? No sé cómo decírtelo… Estoy ahogada, sí. ¡Ahogada! ¡Una catástrofe, un horror impensable! ¡Guillermo! ¡Espantoso! No, no se ha casado; cuidado que eres… ¡Ha muerto! Muerto, así, como lo oyes. Se ha suicidado. Se ha tirado desde el Viaducto. Como practicó el alpinismo, ha escalado los paneles transparentes y… ¡Qué horror! No puedo, no puedo hablar más. En el tanatorio, sala número quince. Allí te veo".

Tras gafas negras que no lograban ocultar el incontrolado llanto, Ofelia se presentó en el tanatorio y sintió un ligero mareo cuando abrió la puerta de la sala indicada. ¡Penunbra y silencio! Nadie había llegado todavía. Ofelia se pegó al ojo de buey que dejaba ver el cuarto donde permanecía el féretro suavemente iluminado. Entre una espesa cortina de lágrimas, el rostro de Guillermo se intuía deformado por el terrible golpe. ¿Qué pasó por su cabeza en el momento fatal? ¿Sufrió mucho hasta decidirlo? ¿Qué culpa tenía ella en todo aquello? ¿Y si le hubiera soportado en su desgracia? Demasiadas preguntas, demasiada congoja, demasiado temblor ante quien tanta ternura le inspiró. Pasó un tiempo indefinido hasta que escuchó pasos y susurros tras ella.

– Vamos, hija, procura calmarte.

La voz podría ser de Jorge. Era de Jorge, sí. Otras voces murmuraban: "Amiga suya, sin duda". "Tenía tantas". "Demasiadas, y que Dios me perdone". "No me parece el mejor momento para… Por muy celosa que estés, no me parece el momento".

– Perdone. ¿Viene usted de fuera?
– ¿Cómo? No, no.
– No se pudo hacer nada.
– Ya imagino, ya.
– La enfermedad le iba minando.
– ¿Enfermedad? ¿Estaba enfermo? Era tan débil que no pudo resistirlo. Quizá por eso se suicidó.
– ¿Cómo…? ¿Suicidio? No comprendo. Murió de cáncer, en el hospital. Creí que lo sabía.
– Me dijeron que… Guillermo se había…
– ¿Qué Guillermo? Querrá usted decir Pedro.

Más susurros maledicentes: "Hasta utilizaba nombre falso en sus aventuras. Para que luego me digas que… ¡Si le conocería yo!".

Ofelia siente que el llanto se paraliza

sin más. Mira por encima de las gafas y se encuentra ante un grupo de desconocidos. ¡Todos absolutamente desconocidos! ¿Qué… demonios está ocurriendo?

– Disculpen, yo busco, quiero decir… Mi… bueno; me dijeron que un amigo se encontraba en la sala número quince y…
– Ésta es la catorce, señorita.
– Catorce, claro. No la quince, sino la… ¿Entonces?

Ofelia se enfrenta a miradas inquisidoras, algunas con un punto de chunga. Pide disculpas como puede, no acierta con la salida, se la indican amablemente. Respira profundamente fuera de la sala ¡Equivocarse de número! Nada, que no era su muerto. ¡Qué despilfarro de lágrimas, de dolor, de remordimientos! Sin pretenderlo, le asoma una sonrisa, y luego otra, y otra más… ¿Qué habrá pensado el difunto? ¡Qué forma más tonta de sufrir, por Dios! La carcajada no puede ser reprimida en el momento en que aparece Luisa. Se abrazan. La una llora y la otra ríe. "¿Te has vuelto loca?". "Es nervioso, ¿no?" "Calma, chica, que no es el mejor momento para…". "Deja, deja que ría en tu hombro, que la cosa no es para menos". "Nada, que me he equivocado de muerto, Luisa". "Con mi despiste y las prisas…". ¡Equivocarse de muerto! ¿No es para morirse… de risa? Y las dos amigas ríen y lloran al mismo tiempo ante el estupor de quienes las contemplan.

El suicidio encierra un incuestionable aliento trágico. El poeta Guillermo no soportó su torcido destino como creador y decidió enfrentarse a él, plantarle cara a sabiendas de que perdería la batalla. Ante el horror del hecho, Ofelia se compadeció de su ex amante. Un simple despiste, una circunstancia ajena a la tragedia se había interpuesto produciendo de inmediato resultados claramente tragicómicos. Un simple error de la vida había sido capaz de torcer el horror ante la muerte. Pero hay que advertir enseguida que la más mínima alteración en los acontecimientos expuestos hubiera imposibilitado que la situación se instalara en terrenos de la Tragicomedia. A saber: si la ruptura sentimental se hubiera producido dos días atrás, y el joven Guillermo, destrozado por ello, hubiera amenazado a Ofelia con un inmediato suicidio, el sentido de culpa de la mujer, la herida todavía abierta ante el fracaso, en modo alguno hubieran permitido que el conflicto saliera de su territorio natural, el trágico.

En su película *Delitos y faltas* (1989), Woody Allen pone en boca de uno de sus personajes la siguiente consideración: "La Comedia es la Tragedia más el tiempo". Avanzando un poco más sobre la fragilidad de los géneros dramáticos, podríamos asegurar que, pasados varios años de la situación descrita, Ofelia contará su peripecia como algo puramente cómico, sin asomo ya de mestizaje. Se producirá así un nuevo cambio de género sin necesidad de alterar el conflicto. ■

Escena de *Como reses,* de Luis Matilla y Jerónimo López Mozo.

Foto: Chicho.